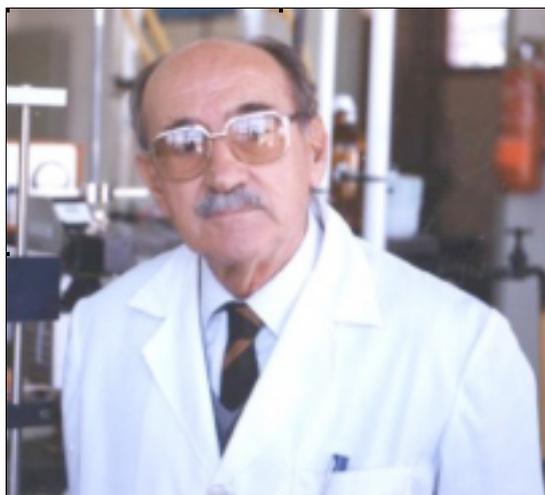


Necrológica

Sesión Necrológica en Homenaje al Excmo. Sr. Don Eduardo Primo Yúfera.



El Excmo. Señor Don Eduardo Primo Yúfera nació el 1 de abril de 1918 en Mazarrón, Murcia. Tomó posesión como Académico de Honor el día 12 de diciembre de 2002. Falleció el día 28 de octubre de 2007. La Sesión Necrológica se celebró el día 17 de abril de 2008, coordinada por la Excma. Sra. Dña. Ana M^a Pascual-Leone Pascual, Vicepresidenta de la Real Academia Nacional de Farmacia, con la intervención de los señores D. José Pío Beltrán Porter, D. Vicente Conejero Tomás, D. Juan Juliá Igual y de la Excma. Sra. Dña. Ana M^a Pascual-Leone Pascual. Fue presidida por la Excma. Señora Doña María Teresa Miras Portugal, Presidenta de la Real Academia Nacional de Farmacia.

El Profesor Primo Yúfera y la I+D+i.

José Pío Beltrán Porter.

Académico Correspondiente de la Real Academia Nacional de Farmacia.

Excma. Sra. Presidenta de la Real Academia Nacional de Farmacia.
Excmo. Sr. Rector Magnífico de la Universidad Politécnica de Valencia.
Excmas. y Excmos. Académicos.
Familiares y amigos de Don Eduardo Primo Yúfera.
Señoras y Señores.

El *Currículum vitae* del Profesor Primo Yúfera, que fue Académico de Honor de la Real Academia Nacional de Farmacia, es de sobra conocido y de fácil acceso. Por esta razón, en mi intervención de hoy he preferido ceñirme a sus contribuciones a la I+D+i desde una óptica personal, perspectiva que ha ido dibujando en mi cabeza un retrato de Don Eduardo que hoy quisiera compartir con ustedes.

Conocí al Profesor Primo Yúfera, a Don Eduardo, siendo yo un adolescente, como consecuencia del traslado de mi familia a una vivienda sita en el número 9 de la calle Jaume Roig de Valencia. Se trataba de un edificio denominado, coloquialmente, la finca de los químicos, en cuya fachada permanece anclada una escultura de su Patrón, San Alberto Magno. No podía imaginar que Eduardo Primo, aquel químico que había cumplido la cuarentena y que era padre de mis amigos de escalera, Eduardo y Jaime, acompañaría, de una manera u otra toda mi vida profesional. De hecho, Primo Yúfera ocupa un lugar entre el puñado de profesores que han influido más en mi quehacer: José Beltrán Martínez, Catedrático de Química Inorgánica de la Universidad de Valencia, Gary A. Strobel, profesor de la Montana State University y los profesores Heinz Saedler y Hans Sommer del Max-Planck-Institut für Züchtungsforschung en Colonia.

Mis recuerdos sobre Primo Yúfera arrancan de aquella época. Por aquel entonces los bachilleres teníamos que superar las pruebas que se conocían como reválidas y que tenían lugar en los institutos de enseñanza media. Quizás influido por la seriedad de Don Pío Beltrán Villagrasa y por la dignidad de su profesión de catedrático de instituto, yo me vestía para aquellas pruebas de manera especial, como se hace para las ocasiones importantes. Recuerdo aquella mirada de Primo, incisiva y amable las más de las veces, mientras me preguntaba, no sin cierta guasa, dónde vas hoy “Petronio”, al verme vestido así en un día laborable; y recuerdo también su gesto de aprobación al conocer que era debido a la realización de un examen.

Supe que Primo Yúfera trabajaba sobre la química relacionada con los productos naturales en los sótanos de la Facultad de Ciencias, donde entonces se cursaban los estudios de Ciencias Químicas, y pronto escuché hablar del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Institución sita en Madrid a la que él pertenecía. De hecho fue el CSIC el que acabó con el solar de nuestros juegos de adolescentes, anejo a la finca de los químicos, para construir la que sería durante décadas la única sede física de la que dicha institución dispuso en Valencia: El Instituto de Agroquímica y Tecnología de Alimentos, coloquialmente el IATA, que se inauguró en 1966. Para comprender la trascendencia que tuvo para Valencia la creación del IATA basta recordar que, en el momento de su creación, sólo era posible desarrollar una Tesis doctoral en los campos de la Química o de la Biología en un puñado de Departamentos universitarios, en general mal dotados y equipados, y tan solo en dos centros de investigación, el incipiente Instituto de Investigaciones Citológicas financiado por la caja de Ahorros de Valencia, dirigido por el profesor Jerónimo Forteza y dedicado a la investigación biomédica y, en segundo lugar, en el IATA. En pocas ocasiones, al hablar de “fundación” se unen tan íntimamente el fundador y lo fundado. El IATA fue producto en gran medida de la imaginación, concepción y consecución a nivel personal de los recursos materiales necesarios de su fundador Primo Yúfera.

Eduardo Primo fue discípulo del Premio Nobel de Medicina Tadeus Reichstein, a quién solicitó asesoramiento para la puesta en marcha del IATA que tomó modelo del Organisch-chemische Anstalt der Universität Basel. La puesta en marcha del IATA y su concepción disciplinar, relacionando la Agroquímica y la Tecnología de los Alimentos treinta años antes de que fuera moneda corriente, sin duda constituyó la contribución más importante de Primo Yúfera al desarrollo de la I+D+i en el campo de la

Agroalimentación. En los laboratorios del IATA se desarrollaron investigaciones y avances tecnológicos con gran repercusión en las industrias agroalimentarias de los sectores de conservas vegetales, panadería o productos cárnicos. El IATA fue y es, escuela de iniciación a la investigación de un gran número de científicos y tecnólogos españoles y latinoamericanos. Baste recordar y tan solo de la época fundacional a miembros del IATA como Andrés Casas, Bernardo Lafuente, José Royo, Pascual Cuñat, Cristóbal Nebot, Luis Durán, Salvador Barber, Carmen Benedito, José Flores, Agustí Flors, Rafael Romero, Pedro Fito, Ignacio Fernández de Lucio, José Sala, José Luis Rubio, Vicente Conejero, José Luis García Martínez, Juan Carbonell, Ricardo Flores, Rafael Garro, Luis Navarro, Pedro Moreno, Joan Ribó o Sebastián Subirats entre otros muchos.

La gestión científico técnica del IATA estuvo inspirada por la de los Institutos Max-Planck, en los que dicha institución encomienda la total responsabilidad científica y económica a los directores de los institutos que ejercen toda la autoridad en la toma de decisiones, tanto en las cuestiones estratégicas como en las que se refieren al día a día. El profesor Primo tuvo la autoridad, la moral y la delegada, lo que le permitió dirigir las actividades del IATA con eficacia y éxitos sobresalientes.

Avanzado a su tiempo, Primo Yúfera investigó también la posibilidad de obtener energía para el transporte, lo que hoy llamamos biocombustibles, a partir de los residuos agrícolas y dedicó sus esfuerzos al estudio de la lucha biológica contra plagas, especialmente contra la mosca blanca de los cítricos; estudio que continuaría con éxitos notables hasta poco antes de su fallecimiento.

Personalmente, debo a la iniciativa de Primo Yúfera el haber tenido la posibilidad de iniciar una carrera científica sólida, ya que aceptó dirigir mi Tesis doctoral en el IATA sobre las alteraciones metabólicas ocasionadas por el Virus de la Tristeza de los Cítricos (CTV) y me situó bajo la directa responsabilidad de Juan Carbonell, discípulo de Alberto Sols, quien me enseñó las bases de la enzimología, así como de Vicente Conejero con quien aprendí los principios de la bioquímica de plantas.

De aquella época recuerdo dos anécdotas, una sucedió al principio y otra al finalizar mi Tesis doctoral. Unos meses después de mi incorporación al IATA fui llamado al despacho de Don Eduardo para comunicarme que me habían concedido una beca del Plan de Formación de Personal Investigador del Ministerio de Educación y Ciencia. Escuetamente me dijo, para mi sorpresa e indignación en ese momento, que recibiría 10.000 pesetas al mes y *que me diera cuenta de que ese dinero no era suficiente para que buscara una novia y me casara, y añadió “sin embargo es más que suficiente para que te cortes el pelo y te afeites la barba”*. Eran los tiempos de las carreras delante de los “grises” por los recintos universitarios. Finalizada la Tesis y decidido el laboratorio americano donde quería realizar una estancia posdoctoral, solicité su opinión sobre si mi elección había sido la correcta, sobre todo pensando en la posibilidad de encontrar trabajo a mi vuelta. Me miró fijamente y me dijo, *“lo importante es que te especialices, que sigas aprendiendo, quién sabe a tu vuelta lo que será prioritario, ahora es más importante que no te equivoques al elegir esposa”*. De nuevo indignación por mi parte en ese momento. Este tipo de anécdotas constituyen los únicos recuerdos que tengo de haber recibido un trato especial por su parte, sin duda derivado del afecto que me tenía desde pequeño. Con el tiempo esos enfados se volvieron en agradecimiento de amigo.

Años después, a mi vuelta de Estados Unidos, Primo había dejado el IATA después de pasar por la Presidencia del CSIC y se había incorporado a la Cátedra de Bioquímica de la Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos de la Universidad Politécnica de Valencia. El director del IATA no consideró oportuno que diera un

seminario científico para explicar mis progresos americanos. Esta vez, tampoco me falló Primo, que aunque no me pudo ofrecer un trabajo sí que me escuchó atentamente, me felicitó por lo conseguido y se mostró dispuesto a que investigara en los laboratorios que había establecido en la Escuela de Agrónomos. No pude aceptar aquella oferta, ya que me dieron la oportunidad de incorporarme como Profesor No Numerario (PNN) al Departamento de Bioquímica de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universitat de València.

A principios de los ochenta tuve el honor de ser llamado para formar parte de un grupo de científicos jóvenes y entusiastas que, bajo la dirección de Juan Rojo Alaminos, Emilio Muñoz Ruiz y posteriormente del también bioquímico Roberto Fernández de Caleyá, tenían como objetivo implementar un sistema de evaluación científica y técnica de las solicitudes de fondos públicos de investigación. Es lo que primero se llamó nueva CAICyT y posteriormente Agencia Nacional de Evaluación y Prospectiva. Lo conseguimos, y España disfruta de un sistema prestigioso de evaluación científica, con alto reconocimiento nacional e internacional. Aquello, sin embargo, tuvo también su coste personal y emocional. De nuevo mi camino y el del profesor Primo Yúfera se encontraron, ésta vez en forma de choque de trenes. Sucedió que la CAICyT estableció unos criterios rígidos de incompatibilidades para la percepción de ayudas que contemplaban, entre otros aspectos científico-técnicos, las ayudas públicas de las que ya disponían los investigadores a la hora de solicitar las nuevas, y me encontré con una solicitud de Primo Yúfera que incumplía varios de esos criterios excluyentes. No hubo más remedio que denegar la solicitud, con gran disgusto por mi parte y también por la de Roberto Fernández de Caleyá, gran admirador de Primo Yúfera y que a buen seguro hoy nos acompañaría en este homenaje de no haber fallecido prematuramente. En la CAICyT actuábamos con luz y taquígrafos, así que recibí a Don Eduardo para explicarle los motivos del rechazo de su proyecto. Creo que nunca ví a Primo tan enfadado como lo estaba aquel día, aunque escuchó atentamente mis explicaciones. Veo que tienes tus razones me dijo, aunque no las comparto. Aquello supuso un alejamiento emocional que duró un par de años. Luego Primo, el Primo que yo he admirado tanto, me dijo un día *“José Pío comprendo lo que hicisteis en la CAICyT.... ¡¡¡pero hacérmelo a mí!!!”*. Nos reímos a gusto y continuamos con nuestra amistad que duró toda su vida. Todavía pienso que hicimos lo correcto, pero quizás, desde aquel día he pensado que no es bueno sujetarse a normas inflexibles, aunque sin duda en ocasiones sea conveniente. Y sin duda el Profesor Primo Yúfera era caso aparte, como lo ha demostrado a través de su larga trayectoria investigadora.

Su trayectoria profesional ha sido ejemplo e inspiración para muchos de nosotros. Del antiguo IATA surgió la energía para la creación de cuatro centros de investigación valencianos: el Instituto de Biología Molecular y Celular de Plantas (UPVCSIC), al cual pusimos su nombre como homenaje en vida, porque queríamos que él supiera que nosotros sabíamos la importancia real de su obra; el Instituto de Investigaciones sobre Desertificación (UEG-CSIC-GVA); el Instituto de Biomedicina de Valencia y el nuevo IATA.

Primo Yúfera fue Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas desde finales del año 1974 a comienzos del año 1977. Si el aislamiento político era un lastre para España durante la dictadura, qué decir del aislamiento de una institución como el CSIC dedicada a la investigación científica, tarea que por su propia naturaleza no conoce fronteras. Primo Yúfera jugó un papel importante en la preparación del CSIC para la transición y tuvo que enfrentarse a la vez al desinterés de los gobiernos de turno -y eso que hubo hasta tres ministros de Educación y Ciencia durante su mandato-, y a los sectores inmovilistas de la Institución que habían hecho del CSIC su coto privado de

privilegios frente a las universidades. Desde la Presidencia del CSIC Primo impulsó la internacionalización del Organismo y especialmente la creación de infraestructuras y el desarrollo de investigaciones en las áreas de Bioquímica y Astrofísica. Cuando muchos años después, nuestros caminos se volvieron a acercarse, cuando asumí con gusto la Vicepresidencia de Organización y Relaciones Institucionales del CSIC, pude comprobar la honda huella que el Profesor Primo Yúfera había dejado en la Organización Central del CSIC donde le adoraban por su dedicación, austeridad, modestia, y honestidad.

Primo Yúfera fue Catedrático de Bioquímica de la Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos de Valencia y cofundador de la Universidad Politécnica de Valencia. Fue un excelente e incansable profesor. Su curso de Doctorado “*Iniciación a la investigación*” era de los de mayor demanda en la Universidad Politécnica de Valencia a pesar de que Don Eduardo lo impartía en maratónicas sesiones de cuatro horas. En los últimos años se incorporó a la plantilla del Instituto de Tecnología Química que compartía edificio con el Instituto de Biología Molecular y Celular de Plantas en la Universidad Politécnica de Valencia. Siguió investigando y enseñando hasta los últimos días de su vida.

Cristiano profundo se aplicó concienzudamente a sí mismo la parábola de los talentos. Recibió mucho talento y lo multiplicó y nos lo devolvió, de manera que somos sus deudores y, siguiendo su ejemplo, deudores somos también de los que nos siguen en el camino.

Primo Yúfera, del latín *primus*, el primero, también significa primoroso y excelente, o premio, o como los números primos Don Eduardo fue entero e indivisible, o solo divisible por sí mismo y por la unidad.

Cuanto honor hizo el profesor a su propio nombre.

He dicho.

Don Eduardo Primo, un maestro. Mi maestro.

Vicente Conejero.

Director del Instituto de Biología Molecular y Celular de Plantas “Eduardo Primo Yúfera” (IBMCP), UPV-CSIC.

Excma. Sra. Presidenta de la Real Academia Nacional de Farmacia.

Excmo. Sr. Rector Magnífico de la Universidad Politécnica de Valencia.

Excmos. Miembros de la Academia.

Familiares de Don Eduardo Primo.

Señoras y Señores.

Fue en octubre de 1960, en la apertura de curso de la nueva Escuela de Ingenieros Agrónomos de Valencia, la primera vez que vi a don Eduardo. Allí, en un aula de la antigua Estación Naranjera de Levante del INIA, situada en las afueras de

Burjasot, que había sido habilitada para alojarnos provisionalmente (con una provisionalidad de 7 años), estábamos quienes nos habíamos embarcado en la aventura de unos estudios -los correspondientes a la carrera de ingeniero agrónomo- que se implantaban por primera vez en provincias. Madrid, por aquel entonces, concentraba la práctica totalidad de las carreras técnicas superiores de España y no era fácil arrancar concesiones en aquella tendencia centripeta tan acentuada. Pero allí estábamos gracias a la iniciativa de dos hombres: don Eusebio González-Sicilia y don Eduardo Primo, primer director y jefe de estudios, respectivamente, de la nueva Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos. Don Eusebio era, a la sazón, director de la Estación Naranjera y don Eduardo, director del entonces Departamento de Química Vegetal del CSIC, que más tarde se convertiría en el Instituto de Agroquímica y Tecnología de Alimentos.

Mientras esperábamos el comienzo de aquella apertura de curso, me asaltaron una serie de sensaciones y pensamientos negativos. Acostumbrado a la solemnidad y el empaque del paraninfo de la Universidad en la calle de la Nave o del Salón de Actos de la Facultad de Ciencias, no esperaba que pudieran producirse muchos milagros en un aula donde apenas cabían setenta personas, desnuda de tradición y falta de todo aquello que pudiera recordar al aura universitaria.

De pronto, delante de nosotros, se presentó, dispuesto a dar la conferencia inaugural, un hombre menudo de unos 40 años. Llevaba un cuaderno-archivador de tapas negras tamaño cuartilla con anillas que ya no le abandonaría jamás en sus clases (tenía uno para cada asignatura; eran los guiones del programa). Llevaba también un bigote característico de la época y tenía una calva más que incipiente. La primera impresión, desde luego, no era como para cambiar de opinión sobre lo que podría dar de sí todo aquello. Por fortuna para todos se trataba de don Eduardo Primo, un hombre tan rebotante de Universidad que iba a llenar de ella no sólo aquel aula, sino toda la escuela y cualquier lugar donde él estuviera.

Recuerdo que hizo una introducción muy breve y profunda acerca de la ciencia y la tecnología como motores de la sociedad. Después nos hizo una pequeña arenga en la que resaltó la importancia de aquel momento y de la tarea que teníamos por delante, así como el esfuerzo que tendríamos que realizar. Entonces, movido por la trascendencia del acto y coherente con sus convicciones religiosas y las de la mayor parte de la audiencia, nos invitó a rezar una oración, el Padre Nuestro, para que Dios nos ayudara en aquella andadura. Y sin más preámbulos, y, por supuesto, sin dejar la primera clase para el día siguiente, como todos esperábamos, dio la primera lección del programa: la estructura del átomo.

De esta manera se metió en mi vida don Eduardo Primo. Desde entonces, tuve el privilegio de tenerlo siempre cerca. Primero, como profesor de Química Orgánica, Bioquímica, Análisis Agrícola, Química Agrícola y Bromatología. Después, como Director de la Cátedra en donde me formé como profesor de Bioquímica en la ETSIA; también, como Director del Instituto de Agroquímica y Tecnología de Alimentos, donde guió mis primeros pasos como investigador con la ayuda inestimable de mi amigo el Dr. Pacual Cuñat, que luego sería, también director del IATA a quien quiero también rendir homenaje desde estas líneas. Posteriormente, como compañero de cátedra en el Departamento de Biotecnología de la Universidad Politécnica de Valencia hasta hace algo más de un año que fue arrancado de su trabajo por la enfermedad.

Han sido más de cuarenta años aprendiendo junto a un hombre honesto y generoso, inteligente, culto, claro, preciso en la exposición de sus ideas, imaginativo, enérgico (con un genio, por aquellos días, de mil demonios) y, a la vez, sensible, de humor socarrón, el propio de la gente sencilla, extraordinaria capacidad de trabajo,

organizado él mismo en sus cosas y capaz de organizar la propia Universidad si le hubieran dejado. Para muchos era y es una referencia. Para mí significó mucho más. Aunque no siempre estábamos de acuerdo, en las situaciones difíciles o cuando tenía que tomar una decisión importante, acudía a escuchar su consejo, siempre sabio y certero.

Don Eduardo me produjo un gran impacto desde el primer momento. Decía cosas a las que yo no estaba acostumbrado y con un lenguaje muy claro y directo. Iba con gran facilidad a la esencia de las cosas. Antes de conocerle, me habían hablado de conceptos, de teorías, de ciencia más o menos empírica, pero casi siempre con una visión alejada de la realidad y de su posible aplicación práctica. De cualquier forma, lo que aquel hombre nos decía en clase sonaba distinto. A él le preocupaba que los conceptos fueran introduciéndose en un orden lógico y que el conjunto tuviera intencionalidad y coherencia. Hay que tener en cuenta que algunas de las asignaturas que explicaba no eran en absoluto convencionales, sino un conjunto, muy tamizado por él, de conceptos que consideraba fundamentales para la formación química y bioquímica de un ingeniero agrónomo.

Cuántas veces hemos recordado todos los que tuvimos la fortuna de ser discípulos suyos, su gran maestría en poner los ejemplos adecuados para ilustrar una idea determinada. Aquello que parecía surgir con tanta facilidad en sus clases, luego pude comprobar, que era fruto de una preparación hecha con el mayor cuidado y precisión. Digo que lo pude comprobar porque don Eduardo fue quien guió mis comienzos como profesor. Guía que no se limitaba a dar buenos consejos, sino que para facilitar nuestros comienzos y para que hubiera uniformidad de criterios en todos los profesores de la Cátedra, él nos dejaba guiones de cada lección, esos cuadernos de anillas de los que ya he hablado. Allí se desmenuzaban los distintos epígrafes incluyendo detalles de cada apartado, ejemplos, diapositivas con la referencia exacta y la bibliografía, precisando hasta la página del libro o separata de la revista de donde habían sido tomadas. No obstante, aquella preparación tan minuciosa no mermaba la frescura y amenidad de sus clases.

Una de sus grandes obsesiones era elevar el nivel tecnológico de nuestro país. Y ello sólo podía lograrse formando buenos técnicos en todos los ámbitos. Era un hombre que creía en la ciencia como fundamento de la tecnología y en esta última, como motor del progreso económico y social. Pero no sólo había que creer en la ciencia y tecnología de los demás, de los países ricos de gran potencial industrial, que en eso no es muy difícil creer. Mucho más difícil es estar convencido de que nosotros podemos aspirar a crear nuestra propia riqueza, al menos en parte, con nuestra propia aportación científica y tecnológica.

Como hombre de acción, no se conformó nunca con permanecer en el mundo de las ideas y las hizo bajar al suelo. En un principio no podía aspirar a transformar toda la ciencia y la tecnología del país. Por ello, eligió una parcela que pensó debía ser potenciada y que sería adecuada para poner en práctica sus ideas. Don Eduardo Primo había nacido y había vivido en un entorno eminentemente agrícola. Su padre era maestro en Carlet, pueblo fruticultor de la Huerta de Valencia. Estudió la Licenciatura de Ciencias Químicas en la Facultad de Ciencias de Valencia y ya su tesis doctoral fue la aplicación de la Química al aislamiento y caracterización de unos componentes de las plantas de gran interés farmacológico: los glucósidos cardiotónicos de la digital. En aquel momento, la Química y la Bioquímica de las plantas era un campo muy poco explorado y por lo tanto lleno de posibilidades para la investigación. Parecía obvio que el futuro tecnológico de nuestra tierra debía descansar, en gran parte, en algo que era una fuente tan importante de riqueza para nosotros: la agricultura.

La clarividencia de su planteamiento básico era y sigue siendo innegable: la humanidad depende de la alimentación. Las plantas son directa o indirectamente (a través de la nutrición de los animales) la fuente más importante de alimentos y de materias primas para la industria, incluida la farmacéutica. Todo lo que contribuyera al conocimiento de las plantas -su estructura, composición y fisiología productiva en relación con el medio (el suelo, el agua, los insectos, los patógenos y agentes estresantes...) y la intervención tecnológica del hombre- presentaba para él un gran interés científico y tecnológico. Y más, en una tierra como la nuestra tan dependiente de la agricultura. Ese fue el objetivo fundamental de su vida de trabajo en sus dos aspectos fundamentales: la creación y la transmisión de ciencia y tecnología agrícolas. Sus logros en ambas dimensiones han sido muy importantes. Entre otros: la creación del Instituto de Agroquímica y Tecnología de Alimentos con su Máster en Tecnología de Alimentos, ambos de gran prestigio dentro y fuera de nuestras fronteras, y la fundación, junto con don Eusebio González-Sicilia, de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos de Valencia. El prestigio de su labor al frente del Instituto de Agroquímica y Tecnología de Alimentos de Valencia le llevó a la Presidencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el organismo que por aquel entonces (primera mitad de la década de los setenta) canalizaba el mayor esfuerzo del país en ciencia y tecnología. Por todo ello, y por sus trabajos de investigación en tecnología de alimentos, le fueron concedidos una larga lista de honores y condecoraciones entre los que quiero resaltar el haber sido elegido Miembro de Honor de esta Real Academia Nacional de Farmacia y que culminaron con el más alto reconocimiento que este país da a sus tecnólogos: el Premio Nacional de Investigación Tecnológica "Torres Quevedo". Y, más recientemente, el Premio Rey Jaime I a las Nuevas Tecnologías.

Supongo que quienes me estén escuchando y no tuvieron la fortuna de conocer a don Eduardo deben de pensar que estoy exagerando. No es fácil hacerlo cuando de él se trata. Don Eduardo superaba toda mi capacidad de exageración y de sorpresa (que no son pocas). Y si no, juzgue cada cual por sí mismo: un día había ido yo a su despacho a comentarle una serie de cuestiones relativas a nuestro traslado desde los laboratorios del Departamento de Biotecnología al que ambos pertenecíamos, a los don nuevos institutos de investigación que, bajo los auspicios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Universidad politécnica de Valencia, se habían construido en el campus de esta última. Él se iba al Instituto de Tecnología Química (ITQ) y yo, al de Biología Molecular y Celular de Plantas (IBMCP), que llevó su nombre "Eduardo Primo Yúfera", desde su creación, como testimonio de reconocimiento de la trascendencia de su obra y de cariño al maestro, por parte de quienes nos embarcamos en aquella nueva aventura del IBMCP. Ambos institutos estaban emplazados en un mismo edificio, por cierto, y estábamos comentando cosas sobre esta nueva situación. Como ya he dicho antes, yo recurría a su sabio consejo en momentos de tribulación. Y aquel lo era porque, como director del IBMCP, yo tenía que negociar con el director del ITQ algunas cuestiones territoriales que siempre entrañan dificultad.

Pues bien, a sus setenta y cinco años, después de hacer de consiliario mío, se puso a hablar del traslado con la ilusión de un Postdoctoral de treinta y cinco, recién regresado a España de su aventura por esos laboratorios de Dios y dispuesto a comerse el mundo. Y ya el colmo fue cuando al preguntarle si nos podía ceder algo de espacio en su laboratorio del Departamento, en tanto nos trasladábamos al nuevo edificio, me contestó que sí, que los siete doctorandos que tenía con él habían terminado su trabajo experimental en el laboratorio y estaban ya en fase de redacción de la tesis. Es inaudito, pensaba yo. Aquel hombre que tenía sentado frente a mí parecía haber hecho un pacto, no con el diablo, sino con el Primer y Segundo Principio de la termodinámica: había

estado estos últimos años dirigiendo siete tesis doctorales a la vez; además, ha terminado y están para salir de la imprenta dos libros suyos (una *Química Orgánica Fundamental y Aplicada* para estudiantes de Ciencias y de Ingeniería y una *Introducción a la Investigación Científica y Tecnológica*), da las mismas o más horas de clase que yo, tiene una actividad pública importantísima, dedica gran atención a su entrañable familia... y le sobra tiempo para ser un documentadísimo melómano y asiduo impenitente del Palau de la Música, y también, para controlar las clases de Bioquímica de su nieta Diana y a mí que soy su profesor.

En aquellos momentos sentí algo muy especial: una mezcla de admiración y de sana envidia. Pero sobre todo, me sentía orgulloso y afortunado por haber tenido el privilegio de aprender, trabajar y convivir con un hombre como don Eduardo. Afortunadamente para todos, la historia continuó. Su energía y entusiasmo le dieron para trasladarse al ITQ, centro dirigido por nuestro querido e insigne profesor Avelino Corma y, después de varios años, se volvió a trasladar a unos laboratorios instalados provisionalmente en una zona de la Politécnica, lo suficientemente lejos del núcleo de la Universidad y tan poco atractivo, (debo decir que, actualmente, las cosas han mejorado) que sólo esforzados pioneros fueron allá, en espera de mejor suerte. Allí se instaló el Centro de Ecología Química Agrícola, dirigido por el Profesor Jaime Primo Millo, que nos honra con su presencia y prosiguió su actividad investigadora y profesoral, hasta que la enfermedad pudo más que él.

Y ahora, me gustaría completar esta breve semblanza de Don Eduardo, presentándoles, de un modo muy sucinto, como a él le hubiera gustado, con la ayuda de unas diapositivas, dos ejemplos de sus investigaciones en el campo de la Ecología Química Agrícola. Ambos, dirigidos a la lucha contra plagas. El primero, consiste en el aislamiento y caracterización de la estructura química y actividad biológica de un compuesto extraído de un hongo entomopatógeno (*Penicillium brevicompactum*), no descrito previamente, al que denominaron *brevioxima*. Fue la primera molécula aislada de este tipo de hongos con actividad antagonista de hormona juvenil y que interfiere, por lo tanto, la metamorfosis normal del insecto. El segundo, es el desarrollo de un sistema de atracción-esterilización para la lucha contra *Ceratitis capitata*, la mosca de las frutas, patente registrada en 2006 por la multinacional Syngenta (fusión de Novartis y Zeneca) y comercializado con el nombre de “Adress”, en muchos países productores de cítricos.

Hay muchas más cosas y anécdotas que podría contarles de Don Eduardo y de mi vida de aprendizaje con él, algunas, al margen de la Academia, reflejos de su caleidoscópica personalidad. ¡Ojalá que estos breves retazos hayan podido hacerle siquiera un poco de justicia! Mi intención ha sido traerlo aquí con nosotros, durante unos pocos minutos, para honrar su memoria.

Agradezco muy sinceramente a esta Real Academia el haberme brindado esta oportunidad y, a todos Uds., la atención que me han prestado.

Homenaje a D. Primo Yúfera.

Juan Juliá Igual.

Rector de la Universidad Politécnica de Valencia.

Excma. Sra. Presidenta de la Real Academia Nacional de Farmacia.
Señoras, señores,

Con emoción y ¿por qué no decirlo?, legítimo orgullo, he escuchado con verdadero interés sus exposiciones, en torno a la figura de nuestro querido profesor, don Eduardo Primo Yúfera.

Digo emoción, por el afecto y respeto al que se hizo acreedor tanto a título personal como institucional, el gran hombre, excelente profesor, destacadísimo investigador y en suma maestro, maestro con mayúsculas, que fue don Eduardo, siempre en el recuerdo, que ustedes con sus intervenciones han venido a reavivar, más todavía, si ello era posible.

Digo legítimo orgullo, porque tanto yo, como rector, como la Universidad Politécnica, en tanto que institución, sentimos el respaldo, el valor añadido, de ser el rector y la universidad del profesor Primo Yúfera, que tanto currículum de excelencia, tanto prestigio nos ha aportado.

El profesor Primo fue un maestro, en el más excelso sentido. Por eso mismo, fue también un referente, un modelo a seguir.

Cofundador de la Politécnica de Valencia, le imprimió ya desde los primeros pasos, -y no olvidemos que fue quien impartió la primera clase ordinaria-, mucho de su estilo personal.

Vocación; pasión por el trabajo; ilusión por asumir nuevos retos diarios; por adelantarse a su tiempo y hacer avanzar el tiempo de la ciencia; preparación intensa y continuada; servicio a los intereses de la sociedad en la que la UPV se inserta, son algunas y sólo algunas, de sus infinitas aportaciones a lo que hoy podríamos denominar cultura politécnica: una forma de ser, un estilo, una línea de ética, superación y eficacia, que afortunadamente nos son reconocidos y nos prestigian.

La Universidad Politécnica de Valencia hoy es así y tiene, como consecuencia, un gran reconocimiento, en muy buena medida porque el profesor Primo contribuyó a que así fuera.

Gran parte de esa impronta, esa manera de entender la docencia y la investigación como hechos difícilmente separables entre sí, y la investigación como un servicio a la sociedad en sus necesidades concretas, provienen del inmenso legado intelectual y humano del doctor Primo. Estos días, cumplimos como institución nuestros primeros 40 años. A lo largo de todo ese tiempo, menos estos últimos meses, el ejemplo y el trabajo con presencia diaria de don Eduardo, han sido el espejo en el que mirarnos y el alto listón que había que intentar alcanzar.

Él, nos hizo en muy buena medida como somos, o como aspiramos a ser.

El espíritu y el estilo de la Universidad Politécnica son, en considerable medida, el espíritu y la historia de don Eduardo Primo.

Por eso, me he tomado la licencia de sincerarme ante ustedes y decirles que había seguido el acto con emoción y legítimo orgullo.

En nombre de la Universidad Politécnica de Valencia.

En nombre de cuantos conformamos su comunidad universitaria.

En nombre propio y como rector, gracias.

Gracias, también, y me atrevo con ello a interpretar, el que estoy seguro sería su sentimiento, en nombre del profesor don Eduardo Primo Yúfera. Nuestro ejemplo.

Muchas gracias.

Vivencias en el Instituto del Dr. Primo Yúfera.

Ana M^a. Pascual-Leone Pascual.

Vicepresidenta de la Real Academia Nacional de Farmacia.

Excma. Sra. Presidenta de la Real Academia Nacional de Farmacia.
Excmo. Sr. Rector Magnífico de la Universidad Politécnica de Valencia.
Excmas. y Excmos. Académicos.
Señoras y Señores.

Ante todo quiero manifestar que para mi es un honor que agradezco a la Excma. Sra. Presidenta de esta Academia el que me haya designado para coordinar esta Sesión.

Y para finalizar este Acto en homenaje a la figura del Dr. Primo Yúfera voy a relatarles unas vivencias propias extraídas de mis recuerdos, y que tuvieron lugar los años anteriores a mi llegada a Madrid, en 1970. En esos años yo trabajé en el Instituto de Agroquímica y Tecnología de los Alimentos, fundado por él en Valencia. Centro Propio, entonces, del CSIC perteneciente al Patronato Juan de la Cierva. Mi intención es que ustedes, los que no le conocieron personalmente, puedan completar, a través de mi relato, la imagen del ser humano del cual estamos hablando, y la labor que fue capaz de realizar en tiempos, además, muy poco propicios para la investigación.

Mi afecto, mi cariño y mi respeto por el Dr. Primo Yúfera fueron el resultado directo de mis impresiones durante aquellos años de trabajo en su Centro Y por esos sentimientos y por el respeto que su figura me inspira, acogí con entusiasmo y con verdadero interés la propuesta de su entrada como Académico de Honor en esta Real Corporación. En la nota necrológica publicada en los Anales de esta Real Academia con ocasión de su muerte, relaté sus logros, sus muchos méritos, y de todo ello se traslucía la gran labor realizada por el Dr. Primo, toda ella en Valencia, como acaban de exponer los Ponentes que me han precedido. Mi tierra y la suya por adopción y cariño.

La primera vez que oí hablar de él hace mucho tiempo, nos remontamos al año 1947, cuando yo comencé en la Facultad de Ciencias de Valencia el primer curso de Farmacia, el curso común con Químicas, justamente el año antes de trasladarme a Barcelona a estudiar dicha Licenciatura en la Facultad de Farmacia catalana entonces era imposible seguir los estudios farmacéuticos en Valencia.

Los muy jóvenes alumnos de primero oímos hablar aquel año, de un profesor a quien la Facultad no facilitaba espacio para montar un laboratorio de investigación, y cómo, finalmente, lo instaló él en unos lavabos. D. Eduardo Primo Yúfera sería entonces un hombre joven, nunca lo conocí, ni le ví. Pero aquello me impactó y, por mis muchas conexiones con Valencia, pude seguir, y tuve interés en ello, su gran trabajo, sus esfuerzos. La creación, mucho más tarde del Instituto de Agroquímica, y la construcción en la calle Jaime Roig del edificio correspondiente, hoy ocupado por el Instituto de Biomedicina del CSIC.

En mis continuas visitas a mi familia y amigos pude constatar cómo su nombre era cada vez más conocido en Valencia y de forma obligada cuando se hablaba de

trabajo serio y bien realizado en vertiente de investigación. Durante tiempo la investigación en Valencia, si no estaba realizada por él, de alguna manera procedía de él o de su grupo.

Eran tiempos difíciles para investigar, cuando él comenzó. Cuando uno decía que quería investigar, o hablaba de investigación, incluso honorables profesionales, casi no terminaban de comprender de qué se estaba hablando. Los créditos eran muy escasos y muy escasas las becas y las ayudas. Evidentemente, no había grandes recursos después de una guerra, pero, además, había también que propiciar y preparar el ambiente y las mentalidades para poder comprender el alcance y la importancia del trabajo de investigar. Por ello, la labor realizada con seriedad por la gente de la generación de D. Eduardo, hay que ser viejo para, verdaderamente, comprenderla. Esas generaciones abrieron paso y prepararon las mentalidades para los que seguimos en dicho esfuerzo. No, no es verdad que era fácil, o más fácil entonces, como dicen algunos jóvenes. Nunca es fácil, pero en aquel tiempo hubo que prepararlo todo. Y hubo que hacerlo con gran esfuerzo y con honestidad.

Fue por los conocimientos míos sobre la investigación en Valencia por lo que después de mi formación en París y de haber sacado ya una plaza de entrada al Consejo, que se llamaba de Ayudante Científico, en el Patronato Alfonso el Sabio, el Patronato que abarcaba a todos los Centros Mixtos ubicados en la Universidad, llegué a Valencia en 1967-68 y pensé en trabajar en Agroquímica con el Dr. Primo.

Pero mi formación era en biomedicina, por ello tuve que pasar primero por la experiencia de trabajar en la Facultad de Medicina que tenía una delegación del Consejo. En donde yo, además, había realizado, al acabar mi carrera, mi Tesis Doctoral con el Prof. García-Blanco. Pero García-Blanco ya no estaba, se había jubilado y su laboratorio estaba totalmente desguarnecido. Yo, además, tenía, debido a mi reciente traslado a Valencia, toda una serie de problemas administrativos.

Problemas ficticios, derivados, en el fondo, de la gran escasez de vacantes en el Consejo, sobre todo en ciudades pequeñas situadas fuera de Madrid. En el Consejo las plazas, se otorgan a personas, a un currículum, y si esa persona se traslada o se muere no crea vacantes en el Centro donde trabaja, porque o se lleva la plaza, si le conceden el traslado o, si desaparece, pasa a un reservorio, y dicha plaza se cubrirá por otra persona con méritos suficientes, demostrados además en una oposición. En principio la plaza es a persona no a Centro.

Pero cuando hay muy pocas vacantes, muy pocas dotaciones, como entonces, aunque te concedieran el traslado, había problemas ficticios que creaban gentes del Centro que querían quedarse con tu plaza. En fin, la primera vez que visité a Primo y lo conocí en el Instituto de Agroquímica le pedí que quería trabajar en su Centro, ya que en Medicina era imposible hacer nada, y le conté, justificando la historia con documentos y currículum, mis problemas administrativos. Recuerdo perfectamente lo que me dijo: “lo que Vd. me cuenta de su plaza, lo que quieren hacer, no es legal y, por tanto, yo no lo voy a consentir en el Consejo. Si usted no puede trabajar en Medicina puede hacerlo aquí, que es un Centro Propio del CSIC. Vuelva la semana que viene”.

Cuando volví me dijo: “he estado en Madrid, ya le dije que lo de su plaza no es legal se arreglará, ¿pero quiere Vd. empezar a trabajar aquí mañana? el tiempo pasa...”. Y comencé en el Departamento de Investigación Fundamental, con Andrés Casas al frente de él. La mano derecha de Primo.

Siempre me entendí con D. Eduardo. Se tenía la sensación de hablar con alguien que inspiraba confianza porque decía la verdad, no perdía el tiempo, era eficaz.

En el Departamento de Investigación Fundamental nos llovían los problemas de todas las Secciones del Instituto: la tristeza del naranjo, los problemas del arroz

enriquecido con proteínas, la manera de distribuir los fertilizantes, los problemas de todas las vertientes estudiadas en el Instituto. Todo ello era un buen entrenamiento para un investigador joven como yo, que tenía que comenzar por hacer bibliografía de cada tema y cambiar continuamente de problema, y que, además, no tenía base Agroquímica sino tan sólo Bioquímica. Pero me fue muy útil.

Una vez me llamó D. Eduardo y me encargó, personalmente, que revisara el protocolo que estaban utilizando de distribución de un fertilizante con P 32. Dicho protocolo se había confeccionado dando por supuesto que la distribución del fertilizante era un problema de dilución isotópica. Yo tenía experiencia, conocía bien lo que realmente significaba la dilución isotópica de un isótopo, porque, además, acababa de realizar los cursos para usuario de isótopos en la Junta de Energía Nuclear, en Madrid. Estudié, profundamente, la cuestión y llegué a la conclusión de que aquello no era un problema de dilución isotópica. El día fijado para la reunión con D. Eduardo, con el Dr. Casas y con los de la Sección que tenían el problema, me decían “no digas que no es una dilución isotópica, se va a enfadar D. Eduardo, no le va a gustar nada”. Yo estaba algo tensa, tenía mi exposición sumamente preparada. Previamente, me habían hecho los compañeros todo tipo de recomendaciones: mi conveniencia o no de contradecir el protocolo, que si alguien no formado en el Instituto no podía ir a contar, y a decir, que aquello estaba equivocado; en fin, un buen preámbulo para estar tensa. Recuerdo aún su mirada penetrante cuando empecé a hablar en el encerado, y cuando comencé a exponer mis razones, y puse la fórmula de la dilución isotópica. Expliqué porqué creía que aquello no lo era. Finalmente, y después de un silencio, D. Eduardo dijo simplemente: “La chica tiene razón eso no es una dilución isotópica” y aceptó, absolutamente, mi propuesta de protocolo.

Primo Yúfera era ante todo un investigador en busca de la verdad en las cuestiones. Sin más recovecos, ni tensiones, D. Eduardo era un buscador de la verdad con honestidad. Por ello, y por su gran capacidad de trabajo, pudo realizar la gran labor que hizo en Valencia.

Unos meses antes de trasladarme a Madrid, D. Eduardo me llamó para decirme que si yo estaba de acuerdo él tenía la posibilidad de pedir una plaza de Colaborador para el Centro y yo podría presentarme a la oposición. Para mí era muy importante, yo estaba en Comisión de Servicio, subía de categoría y me quedaba en Valencia, pero mi marido y yo pensábamos ya pedir Madrid y venimos. Por ello le contesté: “Para mí sería una gran oportunidad, pero no quiero que usted la pida, la saque y luego yo me vaya a Madrid. Creo que no engañaría a nadie, pero menos lo haría con usted”.

El Dr. Primo agradeció siempre mi gesto, que él evidentemente merecía. Cuando fue Presidente del Consejo, si yo pedía verle siempre encontró un momento para recibirme. D. Eduardo Primo Yúfera perteneció a una generación que trabajó muy duro, y en muy malas condiciones, y los que le seguimos tendremos siempre una deuda de gratitud con él. Su figura y su trabajo ahí están para manifestarlo.

La ciudad de Valencia le ha rendido, finalmente, muchos honores, pero los que le conocíamos, sabemos que son profundamente merecidos y ganados por él. Hoy, aquí, no hemos hecho más que manifestar nuestro afecto y tratar de destacar su figura en su contexto.

Evidentemente su familia, su esposa e hijos, pueden estar muy orgullosos de él y también lo puede estar la Real Academia Nacional de Farmacia por su acierto al elegirle Académico de Honor de esta Real Corporación.

He dicho

